

El edificio es sólido y severo : el secretario me pareció ménos severo, y tambien ménos sólido. Nos enseñó las aulas, nos informó de las horas y libros de asignatura, y de otras semejantes menudencias. — Pues siendo esta, le dije, una de las horas de clase, segun nos acabáis de informar, ¿cómo es que ni dentro ni fuera de las aulas se ven estudiantes por aquí? — Porque hoy es juéves, me respondió, y es antigua costumbre que los juéves no haya clase. — ¿Con que tambien en las Universidades belgas hay la costumbre que en las Universidades españolas, de dar asueto y holgueta á los escolares los juéves? ¿Y me dirá Vd., señor secretario Lovaniense, la razon política, económica, literaria ó moral que haya para que los señores alumnos de Minerva tengan dos dias de fiesta á la semana? ¿Enseñan acaso las Biblias de esta Universidad, que cuando Dios crió el mundo descansara el sétimo dia para todos, y el sétimo y el cuarto para los estudiantes? — En España, me preguntó á su vez el hermano secretario, ¿se sabe la razon de esta costumbre?—Allí no.—Pues aquí tampoco. —Pues hermano, estamos iguales.

Los bancos en que se sientan los alumnos son de tal forma y están en tal disposicion colocados, que pueden muy bien los inocentitos estar recitando con mucha frescura la leccion por el libro abierto, sin que el maestro pueda verlo ni advertirlo. ¡Excelente cosa para un estudiante!

La Universidad ha seguido la misma marcha descendente que la poblacion. Cuando esta tenia mas de doscientas mil almas no es extraño que la Universidad contara los ocho mil escolares que le da Justo Lipsio : ahora que la poblacion es de veinte y seis mil, los estudiantes no pasan de cuatrocientos ; igual número que la de Lieja. El rector tiene el pomposo título de *Rector Magnífico* : no pudimos ver á ese *Magnífico Señor*.

Subimos á la Biblioteca, que está dividida por facultades en cuatro salones, uno de ellos ricamente adornado con columnas, bustos y retratos de los hombres insignes que ha producido la Universidad, especialmente de aquellos célebres teologazos que hicieron tan nombrada la Universidad Lovaniense. — Señor, me decía mi lego, mucho le entretienen á Vd. estos retratos.—¿Qué quieres, Pelegrin? Cada uno se alegra de ver su gente. ¡Cuántas veces me he devanado los sesos en las aulas del convento con los teólogos de Lovaina! ¡Oh! aquí está el famoso *Miguel Bayo*, el que envió la Universidad, de acuerdo con el rey de España, de diputado al Concilio de Trento ; el de las 76 famosas proposicio-

nes; el de la célebre *virgulilla* que trajo locos á los papas y á los doctores de aquella época ; el que enseñaba que el estado natural del hombre era el de la inocencia, y de consiguiente que por sus fuerzas naturales, y sin el auxilio de la gracia podia conseguir la gloria, y otras doctrinas semejantes.—Dígame Vd., señor, ¡y ese *Miguel Bayo* es santo?—¡Necio y lego que tú eres! ¿Cómo ha de ser santo quien sostenia proposiciones heréticas? ¿Cómo ha de ser santo un hereje?—Señor, ¡y el retrato de un hereje tienen aquí! ¡y el retrato de un hereje contempla Vd. tanto! ¡buena gente-cilla ha salido de esta Universidad! Señor, vámonos de aquí, no sea que nos contaminemos, que yo no quiero tratos con herejes ni en stampa. ¡Y esta es la Universidad que llaman *Católica*! ¡No está malo el vice versa por vida mia!

Y diciendo esto, tomó la puerta sin que nada bastara á detenerle. Seguíle pues, y dejando la famosa Universidad de Lovaina, nos hallámos á los pocos minutos en el hotel.

Al dia siguiente por la mañana estábamos de vuelta en BRUSÉLAS.

Apertura de las Cámaras belgas.

La consigna de *Verviers* se cumplió : los hermanos Anselmo é Isidro llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y juntos fuimos á ver la apertura.

Desde las 12 toda Brusélas andaba por las calles; y por las contiguas al Parque y Palacio Real apénas se podia ya romper. Aquel dia tuvo ocasion Tirabeque de vengarse de la privacion en que anteriormente habia estado de ver las damas bruselesas : aquel dia satisfizo á placer su curiosidad. Pero no quedó demasiado satisfecho de la revista de inspeccion que les fué pasando ; le agradó mucho su elegancia en vestir, pero no encontró las bellezas que él se habia imaginado. Efectivamente no son las brabantinas ni las walonas las mujeres hermosas de la Bélgica en lo general ; pero no hay que desesperar, como le decia yo á Pelegrin, que no están léjos las dos Flándes, y allá llegaremos si la caldera de vapor no reviente.

Cinco ó seis batallones de Guardia Nacional, cuatro batallones y otros tantos escuadrones de línea, con seis piezas de artillería, cubrian la carrera ; distinguiéndose entre todos el brillante y lucido de *Cazadores de montaña* con sus levitas verdes y sus lloro-

nes negros en los chacós. La caballería nos pareció asombrosa ; en los cuerpos de infantería habia gente muy menguada.

El centro del largo balcon del Palacio Real estaba colgado de terciopelo color violeta. El Palacio del rey en su exterior es sencillísimo : ha sido formado de dos hoteles, separados ántes por una calle, y hoy reunidos por un pórtico saliente compuesto de siete arcadas, de las cuales se elevan seis columnas corintias, cada una de un solo trozo. Interiormente está lujosamente decorado. En él se alojó Napoleon en 1803 con la emperatriz Josefina, y en 1811 con la emperatriz María Luisa.

El estampido del cañon y las alegres tocatas de las bandas militares (que por cierto eran todas muy buenas) anunciaron que habia dado la una, la hora de la salida del rey. Todo se puso en movimiento, y una hilera de coches empezó á romper de Palacio. Nosotros los íbamos revistando todos con ojo escudriñador en busca siempre del ciudadano LEOPOLDO, hasta que los gritos de « ¡ vive le roi, » y el punto á que las demostraciones del pueblo iban dirigidas, nos señalaron al rey de Bélgica, que iba á caballo vestido con el uniforme de simple guardia nacional. « ¡ Jesus María ! exclamó el hermano Isidro : ¿ quién se habia de imaginar que ese era el rey ! » — Señor, añadió Tirabeque, debe ser un hombre muy natural y muy franco el *hermano* LEOPOLDO.

Pero la ocasion no era muy á propósito para detenerse á dialogar, si no habíamos de perder el acto y ceremonia de la apertura. Empellones y frotaciones lo hicieron, pero al fin lográmos llegar en tiempo oportuno al *Palacio Representativo* ó de la *Nación*. Los dos compatriotas se nos perdieron entre la muchedumbre, pero Tirabeque y yo conseguimos tomar á viva fuerza la entrada, y sin detenernos por entónces á contemplar los dos magníficos cuadros que la adornan, y que representan el uno *la batalla de Waterloo* y el otro *la Revolucion de 1830*, y trepando por una de las dos escaleras de mármol real, conquistámos plaza en una de las tribunas, para la cual nos habia proporcionado billetes nuestro Ministro de Negocios.

La sesion régia era en la Cámara de diputados ; Cámara en miniatura, en que apénas caben apiñados los 100 diputados y 50 senadores de que próximamente consta la representacion nacional : ambos cuerpos tienen sus salas de sesiones en el mismo edificio. Allí ménos que en ninguna parte podia faltar el lema nacional de los belgas, el que se lee en sus monedas y en todos sus establecimientos públicos : « L'UNION FAIT LA FORCE, *la union constitue la*

fuerza. » La tribuna que ocupaban la reina y la familia real era tan estrecha y mezquina, que la buena señora se veia y se deseaba para poder acomodar sus niños. La del cuerpo diplomático estaba sobre el dosel del trono ; las relaciones de vista se hallaban interrumpidas entre los diplomáticos y el rey.—Diga Vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque al oído, ¿ y estos diputados vendrán tambien al destinillo como los de otra nacion que Vd. sabe?—Lo que puedo decirte, Pelegrin, es que estos no lo necesitan tanto, porque aqui les asiste la nacion con unos 85 duros (200 florines) cada mes durante el periodo de las sesiones. Y haz el favor de callar, que este no es sitio para hacer semejantes preguntas.

Afortunadamente entró á este tiempo el rey, que fué recibido con numerosas palmadas. Sentóse S. M. en el trono, y leyó el discurso de la corona con el chacó calado. Tirabeque le miraba de hito en hito, y de cuando en cuando me decia : — Señor, ¿ no habrá una buena alma que advierta á S. M. con buenos modos, que se quite el morion ? Porque yo supongo que estará distraido. — Calla esa boca, hombre, no me comprometas. Á la verdad á mí tambien me causó extrañeza esta manera de presentarse el rey á las Cámaras reunidas en el dia de mas solemnidad. El discurso fué tambien aplaudido con palmadas. La sesion régia se acabó pronto como todas las sesiones régias de apertura. La comitiva volvió á palacio en el mismo orden. El rey, la reina y sus tres principitos se presentaron en el balcon, donde fueron saludados por el pueblo y la tropa con entusiasmados vivas, á que mas que nadie correspondia la infantita María Carlota. dando alegres é inocentes brinquitos en los brazos de su nodriza.

Y con esto y con desfilar las tropas se concluyó la funcion, marchándose, como dice el adagio vulgar español, cada mochuelo á su olivo. Nuestro olivo era el hotel, en cuyo camino me molió Tirabeque con preguntas. — Señor, ¿ cuántos años tendrá el rey Leopoldo ? — De 41 á 42 años ha de tener por mi cuenta, le respondí. — ¿ Cuántos niños tiene ? — Tres. — ¿ Cómo se llama el mayor ? — Leopoldo como su padre. — ¿ Con que la reina es hija de Luis Felipe ? — Cabal. — No parece vieja ; ¿ qué edad podrá tener ? — Sobre 35 años. — Y el niño mayor ¿ qué tiempo tendrá ? — Mira, en llegando á España coge la Guia de Forasteros, y allí lo puedes saber todo, hasta por dias. — Por eso no se enfade Vd., mi amo.

— Señor, me volvió á decir á los pocos pasos ; ¿ no le parece á Vd. que el rey Leopoldo tiene cara de bueno ? Paréceme que ha

de ser un buen rey. — Á lo ménos no es ambicioso, ni propende á abusar del poder real : él les ha dicho á los belgas : « si Vds. creen que yo les convengo, aquí estoy para hacer cuanto pueda en favor de la nacion : si no acierto, ó Vds. se disgustan de mí, me lo dicen Vds. con franqueza, y me retiraré muy tranquilo y muy contento á la vida privada, que es mi mayor placer. » Cuando las Cámaras ó los Ministros le proponen algo, les contesta : « Vds. deben conocer lo que conviene al país mejor que yo ; digan Vds. lo que les parece mas útil, y aquello estoy pronto á sancionar. » Es el rey mas cortado para gobierno representativo que se conoce. Solo de un caso se cuenta en que se haya opuesto á una proposicion del gabinete. Por lo demas él se divierte en grande : se va á Lóndres y se pasa una temporada ; va á Paris y se pasa otra ; los veranos los suele entretener en el Palacio de Campo de LAEKEN ; encarga que si ocurre algo le avisen, y santas pascuas. En cuanto á naturalidad y franqueza no se diga : su palacio es mas accesible á cualquier ciudadano que la casa de un mediano particular. — Señor, bien decia yo, que el hermano Leopoldo tenia cara de campechanote y de bueno.

En esto nos volvimos á encontrar con nuestros dos compatriotas, que iban molidos de bregar con tanta gente para lograr ver la funcion. Comer, ir al teatro, y dormir, fué lo único que hicimos ya por aquel dia.

Waterloo.

Allá vamos nosotros también, lugar memorable, lugar de los sangrientos recuerdos. lugar de la grande hecatombe humana, lugar donde fué abatido el colosa de Europa ; allá vamos nosotros tambien á visitar esos afamados campos donde se dió la batalla mas reñida y mas importante de los modernos siglos.

Ya pasámos la bella floresta de *Soigne* ; ya estamos en Waterloo, á las cuatro leguas de Brusélas. El coche se para, nosotros salimos, y una mujer nos viene al encuentro. — Perdon, señores : ¿ Vds. son extranjeros ? — Si, señora. — Pues si Vds. quieren visitar los lugares célebres de la villa, dénse Vds. la pena de seguirme. — Vamos, pues.

— Ved, señores, la casa donde estuvo alojado Wellington : esa de frente de la iglesia : ¿ queréis ver la iglesia ? — Con mucho gusto. — La rotonda ó *dome* del templo fué hecha por los españo-

les : el cuerpo ha sido reedificado despues : ¿ queréis ver los sepulcros del interior ? — Por supuesto. — Venid, pues, conmigo : llamaré al sacristan.

El sacristan era un jovencito de 94 años : venia apoyado en un báculo, y seguido de una turba de chiquillos, que se le acercaban, le rodeaban, le tentaban, le molestaban y sufocaban de mil modos. Cuando él se volvía y levantaba el báculo para castigarlos, ya los chicos estaban fuera de tiro ; apénas les volvía la espalda, ya los tenia encima otra vez ; y en este ejercicio le trajeron todo el tiempo, aun dentro de la iglesia misma ; gritando y riendo los muchachos jugueteros, rabiando y desesperando el decrepito anciano, que en todas partes los viejos y los niños parecen vaciados en una misma turquesa. Tirabeque decia que en aquella batalla le estaban dando tentaciones de unirse á las filas de los muchachos. — ¿ Veis, nos dijo la mujer, este viejo decrepito ? Pues es el rico avariento del país ; él está cocido en oro ; sin embargo, no hay que temer que entregue á otro las llaves de la iglesia cuando vienen á visitarla extranjeros, por la golosina del franco que espera recibir.

La avaricia del viejo era lo que ménos nos importaba á nosotros, y sí los sepuleros de mármol con inscripciones inglesas, flamencas, latinas y francesas que á todo lo largo del templo por ambos lados se leian. He aquí una de las que me quedaron mas presentes :

A LA MÉMOIRE DU GÉNÉRAL MAJOR BARON VAN-MERLEN,
TUÉ AU CHAMP D'HONNEUR LE 18 JUIN 1815
A LA TÊTE DE LA BRIGADE DE CAVALERIE LÉGÈRE BELGE N. I.
DANS CES CHAMPS BELLIQUEUX
OU SA VALEUR SUCCOMBE
SA GLOIRE ET NOS REGRETS
ENVIRONNENT SA TOMBE.

Salimos de la iglesia ; una sonrisa de alegría asomó á los labios del viejo (testigo ocular de la batalla á los 68 cumplidos) cuando divisó los dos francos que habian de acrecer su relleno holson, sin que en aquel momento se le diera un ardite por las molestias de la turba de pelones muchachuelos : y nosotros seguimos á la mujer.

— ¿ Veis, nos dijo esta, aquellos cuatro árboles que asoman sus copas por encima de esa primera casa ? Pues allí hay enter-